

LA REPRODUCCIÓN DE LA LUCHA EN LA
REVUELTA DE OCTUBRE EN ECUADOR.
APRENDIZAJES DESDE Y PARA LOS FEMINISMOS
Y LA ACCIÓN POLÍTICA EN FEMENINO

*THE REPRODUCTIVE WORK IN THE OCTOBER REVOLT
IN ECUADOR. LEARNING FROM AND FOR FEMINISM
AND FOR POLITICAL ACTION IN FEMININE*

Cristina Vega Solís

FLACSO Ecuador. Quito, Ecuador

ORCID: 0000-0002-5317-4237

cvegas@flacso.edu.ec

Andrea Aguirre Salas

Universidad Central del Ecuador. Quito, Ecuador

ORCID: 0000-0002-8081-1692

andrea1@sindominio.net

Recibido: 13 de mayo de 2021

Aceptado: 18 de agosto de 2021

RESUMEN

Reflexionando de manera situada a partir de la revuelta de octubre de 2019 en Ecuador, el texto propone pensar este acontecimiento político como lucha reproductiva. En ese quehacer reproductivo se puso en juego un conjunto de actividades dirigidas a sostener los cuerpos en las movilizaciones que se suscitaron durante 11 jornadas

como reacción popular a las medidas económicas del gobierno de Lenin Moreno, en particular, la eliminación del subsidio al combustible. Lo sucedido en los albergues y en las calles en relación al cuidado, la cura, el aprovisionamiento, el descanso, la alimentación o la integridad física y emocional, es relevado como aporte clave de los movimientos de mujeres, particularmente de las indígenas, y los feminismos. Esto cobra relevancia como parte del “campo de batalla”, pero además invita a renovar la mirada sobre este y otros procesos de lucha. Lejos de constituirse como labores marginales o repetitivas, se presentan como creación, innovación y apertura de encuentros e interacciones en las que se genera un común, siempre tensionado por las asimetrías que atraviesan el mundo urbano y rural, la clase, el género, la edad y el racismo.

Palabras claves: Reproducción, feminismos, política en femenino, procesos de lucha, comunes.

ABSTRACT

Reflecting in a situated way on the October 2019 uprising in Ecuador, the text proposes to think of this political event as a reproductive struggle. It involves a set of activities aimed at supporting the bodies in the mobilizations that took place during 11 days as a popular reaction to the economic measures of the Lenin Moreno government, in particular, the elimination of the fuel subsidy. What happened in the shelters and on the streets in relation to care, healing, provisioning, rest, food or physical and emotional integrity are highlighted as key contributions of women’s movements, particularly indigenous women, and feminisms. These become relevant as part of the “battlefield”, but also invite us to renew our gaze on this and other processes of struggle. Far from being constituted as marginal or repetitive tasks, they are presented as creation, innovation and opening of encounters and interactions in which a common is generated, always stressed by the asymmetries that cross the urban and rural world, as well as inequalities concerning class, gender, age and racism.

Key words: Reproduction, feminisms, feminine politics, processes of struggle, common.

1. LA REVUELTA DE OCTUBRE EN ECUADOR

A comienzos de octubre de 2019, los gremios del transporte llamaron a un Paro Nacional ante el anuncio de eliminación del subsidio a los combustibles: el célebre decreto presidencial 883. La medida se enmarcaba en las reformas neoliberales pactadas con el FMI¹ e implementadas por el presidente Lenin Moreno, candidato de continuidad del progresismo ecuatoriano, cuyo gobierno expresó la crisis interna del movimiento Alianza País o la traición, cooptación y transición hacia el neoliberalismo, según los énfasis (Herrera, Molina y Torres Dávila, 2020). La huelga del gremio del transporte tuvo un efecto inmediato, sumando expresiones de protesta de amplios sectores sociales afectados en muy diversos grados y dimensiones de la vida cotidiana por las medidas de ajuste. Estudiantes, mujeres, trabajadores, indígenas, campesinos, vecinas, comerciantes, a nivel urbano y rural, como integrantes de espacios organizativos, grupos de afinidad o familiares, se dieron cita en calles, carreteras, plazas e instituciones de gobierno para paralizar el país. En los primeros días, los transportistas, en su afán corporativo, negociaron con el gobierno, pero en lugar de provocar una retirada vieron cómo otros sectores sostenían la protesta hasta producir una rebelión de alcance nacional liderada por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE). “Estallido”, “levantamiento”, “insurrección”, “revuelta”, “rebelión”

¹ A la caída de los ingresos petroleros se sumó el endeudamiento externo y las dificultades en la balanza comercial y de pagos. La respuesta fue la austeridad fiscal, hecho que afectó a los derechos de los trabajadores, al tiempo que crecía el desempleo y el subempleo. La Ley de Fomento Productivo y los acuerdos de ajuste, privatización y flexibilización con el FMI proporcionaron un préstamo de 4.200 millones de dólares y otras fuentes financieras por valor de 10 millones de dólares. La orientación primario-exportadora se agudizó. La eliminación de los subsidios fue un paso más en esta carrera (Ortiz, 2020).

fueron algunos de los términos utilizados para caracterizar la confluencia de muy diversos sectores que se alzaron contra el gobierno a nivel nacional.

La flexibilización laboral y el debilitamiento de las protecciones sociales hacían parte de un nuevo “paquetazo” que avanzaba con el mencionado decreto. La crisis económica, social y política suscitada durante el correísmo, muy especialmente a partir de septiembre de 2010, sirvió para legitimar el franco retorno al neoliberalismo durante el mandato de Moreno. En efecto, en este periodo de gobierno se tomaron medidas como la derogación de la Ley Orgánica para Evitar la Especulación sobre el Valor de las Tierras y Fijación de Tributos; la aprobación de una amnistía tributaria, de reformas laborales flexibilizadoras y despido de un elevado número de trabajadores públicos; el recorte en las asignaciones a las universidades; la eliminación del subsidio a la gasolina de alto octanaje; la promoción de concesiones o privatizaciones de empresas públicas, y; la aprobación de un acuerdo con el FMI sin pasar por la Asamblea Nacional, entre otras reformas consecuentes con el posicionamiento de reconocidos adalides del neoliberalismo en altos cargos del Estado (Herrera y Macarof, 2020: 48-52).

Las luchas contra el extractivismo, la explotación natural y laboral de la agroindustria, por el control de la tierra y el agua, contra los acuerdos comerciales de carácter liberalizador, se habían sucedido de forma vacilante desde 2010, se acentuaron a partir de 2014 con la crisis del consenso de los *commodities* (Svampa, 2019) y se hicieron más agudas con la llegada de Moreno. Más que un corte abrupto, para algunos autores, el neoliberalismo ya se había hecho presente en las políticas desarrolladas por el progresismo (Ospina, en prensa).

En 2019, el movimiento feminista, de mujeres y disidentes de género dedicó todo el mes de septiembre a exigir la despenalización del aborto por violación en un clima de creciente conservadurismo y moralización, marcado desde 2017 por las marchas de ConMisHijosNoTeMetas. Como en el resto de la región, la lucha contra la violencia venía impulsando la movilización en los últimos

años, y a pesar de la aprobación en 2018 de la Ley Orgánica Integral para la Prevención y Erradicación de la Violencia Contra las Mujeres, que sufrió modificaciones, producto de la presión neconservadora, dos acontecimientos –un femicidio público en la ciudad de Ibarra seguido de un brote de xenofobia anti-venezolano y una violación grupal en Quito– desataron la indignación del feminismo y la población en general.

Los trabajadores asalariados organizados contra la precarización de los contratos y la subida del IVA estuvieron activos desde el mes de junio de 2019. Así mismo, en los meses inmediatamente anteriores a la revuelta, asistimos a acciones de protesta de los estudiantes de medicina y profesionales de la salud afectados por las restricciones presupuestarias. Los recortes del presupuesto para la educación pública universitaria también alentaron marchas estudiantiles. Todas estas acciones públicas sectoriales y de diversa duración también pueden ser pensadas como gestos de un proceso permanente de producción colectiva de sensibilidades y criterios antisistémicos compartidos con población no organizada, cuya participación también fue fundamental en los días del levantamiento.

Octubre, por tanto, venía precedido por una serie de luchas de corto y mediano plazos. Al igual que en otros países de América Latina, el estallido fue precedido por conflictos que no marcan un antes y un después, sino la continuidad en los procesos de despojo y resistencias con o sin contraprestaciones sociales. Para el caso ecuatoriano, como planteamos arriba, el encadenamiento de luchas revela, además, la ligazón entre el correísmo (2007-2017) y el morenismo (2017-2019). Tal y como sostiene Pablo Ospina siguiendo a Giovanni Arrighi en su examen de ambos periodos, más que “olas” o “ciclos” alternos de izquierda y derecha, lo que se manifiesta en la gestión gubernamental contemporánea es una continuidad en las políticas que instala la incertidumbre y el deterioro de las seguridades sociales y económicas; en definitiva, una continuidad que acrecienta el desorden.

Muchas fueron las enseñanzas del proceso que se vivieron durante las once jornadas de la rebelión de octubre. Hay libros que

trabajan desde la cronología hasta los significados de la revuelta con perspectivas diversas y contrapuestas (Ramírez, 2020; Iza, Tapia y Madrid, 2020; Parodi y Sticotti, 2020; Moreno, Amezcuita y Mejía, 2020). Para el propósito de este texto nos gustaría detenernos en un aspecto apenas analizado: la revelación de la reproducción *de* y *en* la lucha. Octubre no solo fue un levantamiento por la capacidad de reproducirnos, es decir, de garantizar las condiciones de vida de la gente, las infraestructuras de sostenimiento como la tierra o el agua, o las políticas de protección social, entre ellas los subsidios, los servicios públicos o los derechos laborales, sino que, además, en la revuelta misma, la preservación de los cuerpos en movimiento ocupó un lugar central. Junto a las impactantes escenas del combate cruento contra las fuerzas del orden, aparecían otras, no menos impresionantes, que se referían a la reproducción.

Sobre octubre hay tantos relatos como participantes, focos y perspectivas políticas que no pretendemos agotar. El presente texto, que parte de nuestras observaciones, reflexiones y debates como participantes en estos acontecimientos,² se refiere de manera específica y situada a dos problemas que consideramos claves en relación a la potencia transformadora de los feminismos y la acción política en femenino. El primero gira en torno a la emergencia de los quehaceres reproductivos como herramienta de lucha recreadora de espacios y relaciones de sostenimiento mutuo. El sostenimiento de los cuerpos en lucha pone de manifiesto

² Una de nosotras coordinó junto con otras compañeras del movimiento feminista, profesores y estudiantes, el albergue de la Universidad Central y participó en distintos momentos de las movilizaciones. La otra tomó parte en las actividades y movilizaciones que se sucedieron en torno al epicentro de la protesta: el ágora de la Casa de la Cultura y el parque El Arbolito, y colaboró con el albergue de la Universidad Central. Ambas participaron en la marcha de las mujeres. Algunas de las reflexiones del momento quedaron recogidas en cuatro crónicas publicadas en el blog *Interfencias* de *El Diario* en España: https://www.eldiario.es/interfencias/quito-viva-vida-carajo_132_1305244.html

una amalgama de aprendizajes de distinta procedencia y nos dirige a preguntas fundamentales: ¿qué es luchar?, ¿dónde se sitúa la lucha? Argumentamos que las actividades reproductivas, antes marginales a la movilización y a las miradas sobre la misma, se tornan visibles, centrales, y lo hacen como recreación vigorosa e inventiva de la vida en común. El segundo problema se refiere a la pluralidad desigual de los sujetos implicados en la reproducción de la lucha. Lo que esta revela y pone en juego es la creación de situaciones inhabituales de cooperación y sostenimiento, pero también de interpelación, tensión y subversión de prácticas anquilosadas en la división sexual y racial del trabajo, propia del capitalismo contemporáneo. La pregunta podría formularse así: ¿qué hemos (des)aprendido acerca de nuestras desiguales posiciones en el conflicto a través del quehacer reproductivo de y en la lucha?

Dedicamos la primera parte del artículo a pensar el primer problema al calor de los aportes feministas y de la acción política popular liderada por mujeres. En la segunda parte compartimos imágenes de la rebelión de octubre con el fin de abordar el segundo problema: el quehacer reproductivo como creador de situaciones de sostenimiento, cooperación, experimentación y tensión de los cuerpos en lucha, con el propósito de dar cuenta del potencial transformador en el que perviven nuestros cuerpos signados por las desigualdades.

2. LUCHA POR LA REPRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA LUCHA

Cuando hablamos de *reproducción* nos referimos a la capacidad, muchas veces inadvertida y silenciosa, que tenemos para mantenernos en el día a día. Dicha capacidad también se expresó en el día a día de la rebelión de octubre, no solo como reiteración de tareas aprendidas en los ambientes domésticos, sino también como creación de situaciones inéditas de cooperación en la diversidad y la desigualdad, que nos devuelven al trabajo reproductivo como

labor creativa. El proceso civilizatorio colonial ha tendido a esconder y especializar la reproducción en lo doméstico y a hacerla cada vez más dependiente del mercado, aunque expresiones suyas son visibles en los ambientes públicos de nuestros países, por ejemplo, en el quehacer a un tiempo productivo y reproductivo de las comerciantes autónomas de las calles o de las mujeres indígenas y campesinas a cargo de economías de subsistencia y activas en mercados locales. Cuando la reproducción peligra, los lazos sociales, el apoyo mutuo, particularmente a través de la acción de las mujeres-que-no-somos-individuos, se convierten en algo fundamental; no se trata de un lema, sino de algo que la propia lucha ilumina. La reproducción cotidiana ha inundado los reclamos y se ha ido tornando visible en los procesos de movilización, de manera explícita en revueltas como la que abordamos.

La importancia que adquiere la reproducción en las rebeliones proviene de los aprendizajes y aportes que han hecho los feminismos al reclamar el reconocimiento, el respeto y la justicia para las actividades de las mujeres en sus diferencias; hablamos de cuidar, alimentar, garantizar el descanso, la contención, el acompañamiento, el resguardo. En un país como Ecuador proviene, además, de los saberes de las mujeres indígenas que participan de las organizaciones comunitarias como manera de afrontar colectivamente la histórica insatisfacción de necesidades vitales producto del despojo racista. Y proviene de ellas mismas que hacen visible la trama alimentaria, de aprovisionamiento y vida colectiva que se teje en el campo y entre el campo y la ciudad. El sostenimiento, además de una demanda, es en sí mismo un quehacer; se exige, por encima de todo, llevándolo a cabo. Así pues, distintas matrices de pensamiento crítico han aportado a esta reflexión, entre las cuales destaca el feminismo, que pone el foco en esta vertiente de la vida humana, que también se despliega en la movilización social. Más que una novedad, algo exclusivo de las luchas recientes, lo que se pone de manifiesto es una forma de mirar la revuelta, una perspectiva epistemológica que arroja una nueva luz sobre el desarrollo de la conflictividad política.

Regresando a la dimensión reproductiva en el octubre ecuatoriano, cabría decir que algo cuajó en aquellos días, algo se alineó y se *reveló* en aquellas intensas jornadas, algo que era reivindicado por diversas voces femeninas y feminizadas como experiencia viva. Algo que al revelarse hacía posible que las personas se encontraran en situaciones de sostenimiento que también eran de lucha, interpelación horizontal y posibilidad renovada: la reproducción estaba y se expandía en el corazón de la revuelta.

Así pues, retomamos esa capacidad de revelar y recrear la reproducción que pudimos experimentar y reconocer desde la parcialidad localizada de la ciudad de Quito, capital que recibió a miles de personas y familias indígenas y campesinas que se sumaron al levantamiento en esta plaza considerada fundamental por ser la sede del Estado central. En esos días, esta plaza aglutinó una tensión política insostenible para el gobierno de turno, fruto del esfuerzo de cientos de parroquias rurales y urbanas alzadas a nivel nacional que aportaron con el bloqueo de carreteras, la ocupación de campos petroleros, de sedes de los gobiernos locales y otras instalaciones estratégicas. En Quito, un sinnúmero de personas nos afanamos en resguardar los espacios comunes; aprovisionar con eucalipto, bicarbonato y tabaco a quienes cada día decidían afrontar los embates de las fuerzas represivas en primera línea; levantar y atender a las personas heridas; garantizar la alimentación, el abrigo, el descanso, la vestimenta, las medicinas y hasta el papel higiénico y la pasta dental; en acompañar los duelos y celebrar los logros. Este quehacer reproductivo estuvo presente desde el primer día hasta el último, cuando mucha gente se reunió para recomponer en una *minga* inaudita el espacio urbano arrasado.

Entonces, ¿qué es luchar? Cuenta la socióloga y activista Silvia Vega en un texto sobre la crítica feminista a los partidos de izquierda ecuatorianos durante la década de 1970, que uno de los motivos por los que esos espacios organizativos no fueron capaces de entender y asumir la lucha de las mujeres por su liberación fue, además de los límites del marxismo, el divorcio radical entre la vida cotidiana y la vida política.

Esto remite a la nula atención que se prestaba (¿se presta?) al tipo de relaciones interpersonales entre los y las militantes, al cuestionamiento de prácticas discriminatorias y jerárquicas dentro de los partidos y a la posibilidad de construcción de nuevas subjetividades, de nuevas sensibilidades humanas, de nuevas prácticas cotidianas. (Vega, 2014: 156-157).

Las mujeres vinculadas a las organizaciones se encargaban de las tareas no reconocidas, eran desplazadas de otras consideradas políticas y se convertían en trofeos sexuales. Muchas participaban de forma intermitente porque debían atender a los ciclos de cuidado de la vida; asumiendo el trabajo de crianza de hijos e hijas y de acometer las tareas de la casa, garantizando así la actividad política de los varones desde el espacio doméstico.

Todo esto, evidentemente, no formaba parte de las demandas o los cuestionamientos públicos, pero, sobre todo, estaba fuera de lo que se consideraba actividad o, en el lenguaje de la época, trabajo político. El modelo de militancia, la organización de la participación, de los espacios y horarios, de los intercambios sociales o de la labor valorada como política, todo, estaba cortado por el patrón de un militante heroico y aguerrido cuya reproducción (que paradójicamente incorporaba el recurso a la violencia) permanecía convenientemente oculta. Este relato es compartido en distintos países e hizo que muchas mujeres abandonaran partidos, sindicatos y organizaciones. Como advierte Silvia Vega citando a Ana María Goetschel, ya en la década de 1980, el feminismo, en su proliferación y diversificación, hizo que las cosas comenzaran a cambiar. Todo ello se expresó en dos lemas comunes del momento: “lo personal es político” y “lucha por la democracia en el país, en la casa y en la cama”.

Desde entonces, los feminismos han desarrollado una notable transformación en la forma de entender la política introduciendo el quehacer diario y los dilemas de la reproducción en el campo de la política, no solo como demanda (de derechos, recursos, servicios para sostener la vida), sino también, cada vez más, como práctica que se despliega *en* la lucha. El quehacer reproductivo como ac-

ción política se ha hecho explícito en conflictos concretos durante las últimas décadas, de manera notable en las luchas por la libertad sexual, los derechos sexuales y reproductivos, en particular, el derecho al aborto, y en el combate contra las violencias sexual y feminicida. Distintas corrientes feministas han retomado los plurales legados del marxismo, el postestructuralismo y la diferencia sexual para afirmar la importancia del cuerpo, su vulnerabilidad y su potencia, sus requerimientos físicos y emocionales y su pulsión deseante y de subjetivación (Butler, 2012; Federici, 2013; Quiroga y Gago 2014; Bhattacharya, 2017; Gutiérrez, 2017; Vega 2019).

Este quehacer se ha reivindicado en múltiples acciones públicas feministas, que han implicado la visibilización del trabajo de sostenimiento de los cuerpos movilizados o el ensayo colectivo de sanación en la lucha compartida con sobrevivientes de violencias de alto impacto singular, colectivo e histórico. Así mismo, el quehacer reproductivo como acción política se ha hecho visible en el ecofeminismo, en tanto reflexión-acción de defensa de la vida no humana como condición de posibilidad de una existencia humana sostenible y que merezca ser vivida (Aguinaga *et al.*, 2011; Pérez Orozco, 2014).

Algo similar ha sucedido en otras luchas de mujeres de sectores populares organizadas en torno a necesidades vitales, que han transformado los modos de pelear y pensar al sacar a la calle las ollas populares, autogestionar la vida en los barrios o defender de los territorios rurales como espacios de reproducción de la vida en común; luchas que nos remiten a lo que Raquel Gutierrez define como *políticas en femenino*:

[F]ormas de lo político, con frecuencia desplegadas desde lo que alguna vez se denominó “ámbito social-natural” y, más cerca en el tiempo, “política de las necesidades vitales”, que se contraponen antagónicamente a la casi siempre violenta apropiación privada de los bienes comunes y que, en su despliegue, modifican drásticamente las más fundamentales relaciones mando-obediencia que segmentan, jerarquizan y estructuran a las sociedades. (Gutiérrez, 2017: 69-70).

Se trata de formas de organización comunitario-popular de las luchas de las que la autora enfatiza dos cuestiones: que nos remiten a colectividades que pudiendo ser mixtas expresan “compromiso colectivo con la reproducción de la vida en su conjunto”, y el hecho de que construyen un sentido de inclusión de temas y sujetos en relación que es ajeno a las estructuras organizativas tradicionales de la izquierda.

En todas esas luchas se ha puesto en el centro el cuidado y la recomposición de los cuerpos-en-rebelión, que lejos de entenderse como reproducción de un recurso para otra cosa, se ha constituido en lo que mejor encarna el terreno inmediato de la acción. Octubre también se alimentó de toda esa proliferación.

En efecto, en los días del estallido, en Quito, además de consignas y pañuelos verdes y morados, el feminismo se hizo presente, por encima de todo, en sus lógicas y modos de hacer y ocupar el espacio público en colectivo. Junto al lema general de “poner la vida en el centro” o “nuestra lucha es por la vida”, común a distintas matrices de pensamiento, pero de clara genealogía feminista, lo que se tornó visible fue un conjunto de actividades relativas al acogimiento, la alimentación, el descanso, el cuidado de los espacios o la atención sanitaria. A pesar de las abstracciones y ambivalencias que hoy rodean el término “vida” en el contexto del nuevo conservadurismo transnacional antiaborto, del que en ocasiones han participado algunos sectores progresistas, el sostenimiento se ancla aquí a la materialidad encarnada y situada, y lo que precisa en la cotidianeidad (Vega, Martínez y Paredes, 2018).

Así mismo, el saber preservar cuerpos en lucha circulando entre las comunidades y los sitios de creación y sostenimiento de la confrontación política durante días, que el movimiento indígena ha venido aprendiendo y enseñando desde el gran levantamiento de 1990, irrumpió en la capital como generoso mandato para la militancia urbana y la ciudadanía movilizada en solidaridad. Lo que antes quedaba oculto en la retaguardia, muchas veces retaguardia individualizada en los hogares urbanos o invisibilizada en las cocinas de los centros de acopio y albergue en levantamientos

anteriores, ahora se nombraba por derecho propio como una de las expresiones más inspiradoras de la revuelta.

3. EXPRESIONES DEL QUEHACER REPRODUCTIVO EN EL OCTUBRE ECUATORIANO

A continuación, reflexionamos sobre algunas de estas localizaciones y los acontecimientos y aprendizajes que en ellas se desarrollaron.

3.1. Albergues y centros de acopio: reubicando el campo de batalla

Los centros de acopio y albergue constituyeron una primera y poderosa imagen de la reproducción de y en la lucha.³ Estos abrieron las puertas de universidades y centros culturales; una tradición, la del acogimiento de los pueblos indígenas que toman la capital, que ha caracterizado anteriores levantamientos. Allí llegaban, en incesante flujo, personas y familias indígenas y campesinas de todo el país que convergieron para sostener la rebelión en Quito, así como gente de la ciudad decidida a cooperar en la revuelta. En estos espacios, muchos abiertos y coordinados por profesoras y jóvenes estudiantes universitarios, se reconocía y afirmaba que la reproducción también era “campo de batalla”, que, si bien era comandada por mujeres, podía vislumbrarse como un auténtico común superando su especialización y espacialización sexual y racial. En los siguientes mapas, elaborados por el Colectivo de Geografía Crítica, puede ubicarse su localización respecto a otros puntos de la movilización.

³ Sobre la experiencia, ver también Noriega Donoso y Criollo (2020).



Ubicación de los albergues en el centro de la ciudad de Quito.
Colectivo de Geografía Crítica



Puntos de protesta y zonas de paz donde se ubicaban los albergues. Colectivo de Geografía Crítica

En estos centros, en todos los cuales se encontraban feministas involucradas, se hizo de la reproducción motivo de reflexión y acción en sí misma, ya no como trabajo silente que hiciera posibles y visibles corros de líderes deliberantes o de manifestantes extenuados durante el tiempo de alimentación y descanso, como vimos en levantamientos anteriores y como expresan las memorias de aquellas revueltas que tenemos como crónicas, artículos y libros (Almeida y Almeida, 1992, Almeida *et. al.*, 1993). Se trató de espacios de reconocimiento del quehacer reproductivo como trabajo de recomposición de los cuerpos vivos, de recreación de los modos en que trabajamos para mantenernos vivas, y del cuerpo colectivo que podemos ser.

Es cierto que fueron lugares de reiteración del trabajo reproductivo como saber de mujeres a cargo de mujeres, y de tareas como la seguridad, percibidas como disposición masculina a cargo de hombres. Pero también fueron espacios de dignificación de modos de cooperación divergentes de los mandatos de masculinidad y feminidad tradicionales, donde hombres jóvenes frágiles encontraron un lugar de participación apasionada, lesbianas y otras disidentes de género se encargaron de la seguridad, niñas y niños urbanos asumieron responsabilidades y mujeres ocuparon posiciones de coordinación y enunciación. Así, los albergues hacían posibles y dignas ubicaciones y ocupaciones inéditas.

A los albergues se integraron muchas personas, núcleos familiares de vecinos y amigos, en distintas funciones: acopio de las abundantes donaciones de la población urbana; clasificación durante el día y distribución vespertina y nocturna entre los miembros de las comunidades que se recogían para alimentarse, descansar y deliberar; cocina y organización de la distribución de alimentos; limpieza permanente de baños, galpones y aulas destinadas al descanso masivo, y alrededores; atención médica en puntos de salud bien abastecidos y a cargo de personal profesionalizado, donde también se armaban kits para resistir en el combate; cuidado de wawas en los días u horas de intensificación de la lucha en las calles; seguridad y autodefensa; comunicación e intercambio con

otros albergues y con las calles, tarea que facilitaban compañeras que circulaban entre albergues y en las calles en disputa y que organizaban reuniones de coordinación. Muchas personas y agrupaciones autoorganizadas en el momento llegaban a brindar apoyo y no fueron pocos los momentos en que debieron esperar para sustituir a quienes ocupaban en el turno anterior. Del mismo modo, mucha gente encontró su lugar en estos escenarios reproductivos donde permanecieron todos los días de la revuelta, generando referentes de coordinación reconocidos como fundamentales; saber permanecer también fue parte del aprendizaje de la dedicación, los ritmos y requerimientos de la reproducción.

La inteligencia colectiva resultaba impresionante: múltiples e impensadas iniciativas singulares encontraban la apertura del cuerpo colectivo que las integraba de manera orgánica, tanto como generosamente dejaba languidecer propuestas que de ese modo se comprendía que no eran necesarias para el proceso en marcha. Mucho se aprendía en la práctica sobre las múltiples tareas que traman el trabajo reproductivo, sobre el mandar obedeciendo cuando las posiciones de coordinación dependen del reconocimiento colectivo inmediato, sobre cómo ser parte, con humildad y gozo, de un inmenso cuerpo colectivo vivo, requerido de sostenimiento cotidiano, a la vez frágil y poderoso.

Los centros de acopio y albergue se convirtieron, también, en lugares de interpelación cuerpo a cuerpo entre diversos sectores sociales, géneros y generaciones. Espacios de encuentro en la diversidad de saberes y maneras de percibir y hacer, pero también de aproximación entre personas desiguales: cuerpos generizados y racializados como diferencial de explotación. Reconocer al movimiento indígena como la organización de organizaciones capaz de sostener durante días los más diversos malestares y deseos de rebeldía era el punto de partida de aquellas aproximaciones que volvían a poner en cuestión el racismo. También lo era el reconocimiento que la gente indígena y campesina hacía de las diversas identidades sexogenéricas que tomaron parte activa en la lucha. La juventud de la mayoría de personas que asumieron el trabajo

reproductivo en los albergues también contribuyó a poner en tensión el adultocentrismo de la política tradicional.

En efecto, los albergues se constituyeron como escenarios en los que se confrontaba de manera directa la pauperización absoluta que motiva la protesta de la población indígena y campesina, los cuerpos fragilizados por la desvalorización multidimensional y fortalecidos por la decisión de seguir viviendo, muy lejos del heroísmo convencional. Allí convergieron la abundancia de recursos generada por la solidaridad urbana (que paradójicamente ofrecía mucho de lo sustraído al campesinado en intercambio desigual y productos manufacturados), y la precarización de la vida que movió a muchas familias indígenas a canalizar productos de regreso a las comunidades el último día del levantamiento. En estos sitios de recogimiento, el poder del movimiento indígena se expresaba también como cuerpos concretos atravesados por cicatrices del despojo racista desde donde la lucha es necesidad vital y pregunta compleja para la colectividad.



Mujer de Cotopaxi fotografiada por David Díaz Arcos durante las protestas y publicada en varios diarios internacionales.

Así, en el contexto general de la vida puesta en riesgo de manera cotidiana y en la coyuntura de la lucha, estos centros se constituyeron como escenarios de múltiples situaciones de escucha, observación y aprendizaje en la diferencia y la desigualdad, y de deliberación y toma de decisiones desde abajo sin desatender los mandatos de las autoridades de la CONAIE y sus aliados. Lejos de representar la retaguardia aislada, privada y resignada de una avanzada visionaria, al nombrarse como herramienta de lucha, el quehacer reproductivo se hizo visible como capacidad de recomposición de los cuerpos, que también es decir del cuerpo colectivo en movimiento, y como creación de momentos para poner en valor, pensar y reaprender la reproducción en la diferencia y la desigualdad.

Como dijimos, estos centros mantenían canales de comunicación y apoyo entre entre sí y con otros nodos, especialmente las calles del Centro Histórico, el parque El Arbolito y la Casa de la Cultura: epicentro del combate directo con las fuerzas represivas. El hecho de que estuvieran relativamente próximos entre sí (Colectivo de Geografía Crítica, 2019) contribuyó a entremezclar aún más lo que desde una mirada tradicional podría considerarse “el frente” y “la retaguardia”.



Imagen del comedor en El Arbolito,
Fotografía de J. Rosas, tomada de Vega (2019).



Cocina ubicada en el exterior del Ágora de la Casa de la Cultura.
Fotografía de J. Rosas, tomada de Vega (2019).

El quehacer reproductivo de y en la lucha de octubre bebía también del saber de los pueblos y mujeres indígenas. Las cocinas que llegaron en los camiones desde las comunidades no quedaron relegadas a un lugar apartado y oculto, sino que se instalaron en la entrada misma al Ágora de la Casa de la Cultura, en la plaza pública que era el parque El Arbolito. Allí se pelaron papas, se preparó mote y se desgranó choclo⁴ en medio del trajín de las conversaciones y asambleas, la llegada de heridos, el cuidado de wawas y los gases lacrimógenos. Algunos regresaban a sus comunidades para traer a Quito más alimentos en sus camionetas, porque a pesar de la solidaridad de la población urbana sabían que para aguantar también era necesario traer productos del campo.



Reparto de alimentos traídos del campo.
Fotografía de J. Rosas, tomada de Vega (2019).

⁴ Maíz cocinado (mote) y mazorca fresca (choclo).

En los alrededores del parque El Arbolito, además de las cocinas particulares y de la general, se instalaron puntos de alimentación improvisados, especialmente en las frías horas de la tarde, cuando familias o grupos de amigos llegaban de forma autoorganizada con el fin de llevar colada para repartir. Todo el mundo comentaba la abundancia de comida y otros enseres, algunos incluso para criticarla: “hemos venido a luchar, no a comer”, volviendo a poner en discusión las relaciones entre quienes proveen, se solidarizan, atienden y enfrentan las fuerzas del orden; discusión que, como dijimos arriba, se hizo posible *en* los escenarios reproductivos compartidos y valorados como situación de deliberación política.

3.2. En las calles: represión y reproducción comunitaria

La lucha también era expresión del quehacer en comunidad como sabiduría de los pueblos. Un compañero de la provincia de Bolívar al presentar a su hermano afirmó: “hemos venido la comunidad, todos permanecemos y salimos juntos”. Las mujeres cargando wawas podían verse en todas partes haciendo distintas cosas junto a sus familiares, y lo mismo sucedía con las y los ancianos. Y aunque se oyeron voces críticas acerca de la presencia de niños y niñas indígenas en la toma de la capital, esa manera de pensar, propia de sectores de clase media urbanos, según la cual las criaturas deben educarse en instituciones escolares y cuidarse en espacios privados y apartados de la vida colectiva y desde luego de los gases lacrimógenos, era respondida en los hechos por las mujeres indígenas. Efectivamente, su posibilidad de participar y enseñar a luchar pasaba por integrar a la infancia en los esfuerzos que “enduran” y en las actividades de las que hace parte el conjunto de la comunidad. La palabra “acuerpamiento” cobraba todo el sentido en los parques y las calles.

La reproducción fue una lógica ubicua que sería un error circunscribir a los albergues y puntos de alimentación, pues se desarrollaba en distintos lugares de lo que consideraríamos “la pri-

mera línea”, donde médicos y gente común atendían a los heridos y ayudaban a su evacuación, mientras otras personas repartían lo necesario para resistir los gases lacrimógenos. Como explican Kruskaya Hidalgo, Alejandra Santillana y Belén Valencia (2020), las mujeres lucharon de diferentes maneras:

lanzando piedras, con el pañuelo verde, pateando gases lacrimógenos, construyendo barricadas, repartiendo agua con bicarbonato y mascarillas, abasteciéndonos de piedras y adoquines que sacábamos de las veredas, recogiendo palos, puertas y cartones para elaborar escudos y cascos, quemando llantas, improvisando carretillas, guaridas y camillas (Hidalgo *et al.*, 2020, 116).



Evacuación de heridos cerca de la Asamblea Nacional. Fotografía de Carlos Noriega, tomada de Mejía (2019).



Evacuación de heridos. Fotografía tomada de La Hora, 25/10/2019.

Muchas son las historias de esos días. Las Koncha Batukada, un grupo lesbofeminista de Quito, contó la suya: formaron una de las muchas brigadas que contribuyó a apagar las bombas lanzadas por la policía en una estremecedora escalada de gases, disparos y atropellos. Recogían botellas grandes, de varios litros, y las cortaban para utilizarlas como balde. Las llenaban desde la toma de agua que se abrió en el parque El Arbolito y las dejaban en puntos estratégicos donde se producían los enfrentamientos. Una de ellas, al ver la enorme fila de mujeres cargando grandes bateas para las cocinas populares o llenado botellas para sus familias de la misma boca que abastecía a quienes enfrentaban a la policía, consiguió lo necesario para hacer una “T” que abriera salidas adicionales. Ya de regreso, en medio del lodazal que se había formado, se acercó un compañero plomero y otros más para abrir una zanja e instalar el sistema. Muchos ojos multifocales lograron ver y actuar sobre lo que allí ocurría; un gesto que se replicó

de muchas maneras que recuerdan los incontables detalles y por ello la complejidad del trabajo reproductivo, tan reiterativo como creativo. Esta brigada pasó cuatro días en la tarea de abastecer de agua a los que resistían y fue una de las expresiones ecuatorianas de las luchadoras que después veríamos en las calles de Santiago y de Lima.

El resultado era, en definitiva, una impresionante hibridación del quehacer reproductivo en la lucha que una consideración mínimamente atenta descubriría en cualquier movilización del pasado. Es en este sentido en el que afirmamos que la reproducción ha sido, en el relato de la pelea, el secreto mejor guardado, un secreto que hoy ocupa un lugar central en la medida en que en él se acrecienta la potencia para juntarse y se pone en juego la conjugación entre demanda y autogestión, diferencia desigual, sentidos compartidos y praxis de lo común (Vega, 2018).

La pulsión por sostener los cuerpos, que es sostener el cuerpo colectivo en movimiento, se hizo visible en otra imagen que recorrió las redes en el vórtice de la represión: personal médico haciendo un cordón de resistencia a los amagos de ataque al albergue de la Universidad Católica. El día 11, la violencia del Estado feroz se incrementó y la ciudad anocheció con el sonido de fuertes explosiones, y el acoso a los centros de acopio y alojamiento. El día 12, se militarizó la ciudad y se declaró el toque de queda. Una violenta arremetida en el parque El Arbolito hizo que la gente se replegara hacia la Universidad Católica mientras la policía amenazaba la declaratoria de “zona humanitaria y de paz”. La tensión fue enorme, y ahí se fraguó una escena poderosa a la que más tarde se uniría la bella sinfonía de cacerolas, que se escuchó por toda la ciudad y con ella la salida de la gente en los barrios, desobedeciendo el toque de queda y ocupando calles y plazas. Una cadena de batas blancas rodeó la universidad para impedir el paso a la policía. Los vecinos difundieron las imágenes en las redes, mientras las compañeras que hacían guardia en los albergues pedían angustiadas: “reporten, ¿qué está pasando en la Universidad Católica, en la Universidad Salesiana, en el ágora de La Casa de la Cultura?”. Y a pesar de todo, la policía bombardeó aquel centro, precipitando más acciones de protesta y con ellas la mesa de negociación.



Cadena de paramédicos rodeando la Universidad Católica.
Imagen de INREDH, tomada de Vera (2019).

La potencia de aquel cordón humano revela el lugar de cura y cuidado jugado por estudiantes y personal de salud, muchos de ellos jóvenes precarizados por la degradación del sistema sanitario y

educativo. Médicas, enfermeros, auxiliares, psicólogos, atendían a la gente en albergues y calles, afirmando con sus propios cuerpos la legitimidad de su desempeño, precarizado por las políticas del gobierno, y la violencia desproporcionada patente a los ojos de la ciudadanía a través de atropellos, gente lanzada desde puentes, personas asesinadas, detenidas, desaparecidas, heridas y mutiladas.⁵ Estas escenas visualizaban de un lado a quienes sostienen y de otro a quienes tienen todo el poder de aniquilar y lo ejecutan; quienes curan y cuidan frente a quienes protegen y se benefician del orden que degrada la vida en el día a día del país. El cuidado no fue únicamente atender a los heridos, sino también proteger la insurrección en el cuerpo a cuerpo. Personal de salud convertido en barricada humana de pueblos en lucha y distintos actores que coordinaban todo lo que sucedía en el interior de los albergues.

Allí guarecida, la gente volvía a experimentar, y en muchos casos a discutir abiertamente los dilemas de la cooperación entre la fuerza de la solidaridad y la profundidad de las jerarquías internas del trabajo reproductivo, altamente valorado cuando está a cargo de profesionales varones y adultos, y desvalorizado cuando se expresa en la forma de tareas percibidas como de raigambre doméstica a cargo de mujeres y jóvenes. Por ejemplo, en el albergue de la Universidad Central no faltaron médicos y profesores de trayectoria que por el solo hecho de su jerarquía consideraban natural desatender las normas de seguridad y distribución de productos; pero incluso ellos debieron asumir a regañadientes la organización establecida por quienes sostuvieron desde el inicio

⁵ Según los informes de la Defensoría del Pueblo se estima que a nivel nacional entre el 3 y el 13 de octubre de 2019 se dieron un total de 1.192 detenciones, 8 personas asesinadas y 1.340 personas heridas que fueron atendidas en los hospitales y centros médicos “oficiales”. Esto y otros producidos por la Corte Interamericana de Derechos Humanos, la Organización de Naciones Unidas y Amnistía Internacional coinciden en señalar el uso abusivo de la fuerza e irrespeto por los derechos humanos.

ese espacio de resguardo: mujeres y jóvenes en su inmensa mayoría. Esta discusión abierta por la sensibilidad feminista pudo darse, así, sin fragilizar la capacidad colectiva de protección de las vidas contra la represión *en* los escenarios del cuidado abiertos y compartidos en la diversidad y la desigualdad. Los quehaceres reproductivos se expresaban en los hechos de la lucha como potencia política transformadora, al mismo tiempo antisistémica y micropolítica. Sin duda, una potencia para repensar e inspirar nuevas experiencias en la organización social.

3.3. Desplazando la lógica de la guerra

La lógica creativa de la reproducción y los cuidados se expresó también como interrupción de la maquinaria represiva y su contracara: el enfrentamiento popular con la policía como escena recurrente y aniquiladora. Esto es justamente lo que sucedió la mañana del 12 de octubre durante la marcha de las mujeres convocada por compañeras indígenas y mestizas aunadas en el movimiento de mujeres y feminista. La lógica de guerra se había instalado en una suerte de recursividad de la masacre de más y más varones en un desigual combate que se libraba palmo a palmo en torno a la Contraloría y la Asamblea Nacional aledaña al parque El Arbolito. Lo que había sido empuje conjunto y descentrado durante varias jornadas se tornó en un duro y desigual reflejo de las partes enfrentadas. Se sintió entonces el peso de sostener un frente que ponía carne para recoger más y más heridos.

Las lideresas indígenas junto con integrantes del movimiento feminista quiteño reaccionaron produciendo otro acontecimiento en el que se afirmó su protagonismo: una marcha hacia el norte de la ciudad que ampliaba los lenguajes y las alianzas desplazando los escenarios de disputa. Un precario cartel en la cabecera decía: “diálogo sin armas ni sangre”. En otro se leía: “respeten la existencia”. La multitudinaria y alegre marcha de las mujeres se configuró como situación de lucha abierta a mujeres, viejos, jóvenes,

varones frágiles o agotados, niños y niñas del campo y la ciudad, todos decididos a expresar su descontento sin sentirse capaces de un combate cuerpo a cuerpo con las fuerzas del orden. La marcha de las mujeres discutía así la lógica de la guerra como único escenario de lucha en las calles y frente a la represión, al tiempo que desplazó al norte residencial, comercial y financiero de la ciudad el levantamiento. Fue un paso muy importante, castigado con una escalada que culminó con un nuevo y precipitado toque de queda, pero que contribuyó a empujar una mesa de negociación claramente favorable para los pueblos levantados.



Cordón policial frente a la multitud.
Fotografía de J. Rosas, tomada de Vega (2019).



Cabecera de la marcha de las mujeres en la jornada del 12 de octubre.
Fotografía de Anais Córdova-Páez, tomada de Ortega y Sotéz (2020).

Junto a la marcha de las mujeres, se registraron otras escenas en las que la visualización del enfrentamiento asimétrico cedía ante el reconocimiento de la fuerza irresistible de la acción conjunta. La fuerza, aquí, como en la marcha de las mujeres, no emanaba de la retaliación especular sino del caminar juntos. Los bastones de la dirigencia y la Guardia Comunitaria, Indígena y Popular, señal de reconocimiento, apoyo, dignidad y responsabilidad, aferrados por la gente movilizada marcan el paso colectivo. El bastón, palo de chonta o capulí, es simultáneamente individual y colectivo. Es una herramienta que simboliza el punto de apoyo corporal, la autodefensa comunitaria y la protección del grupo. Al igual que los brazos entrecruzados en resistencia en muchas movilizaciones juveniles urbanas, el bastón es un elemento que sirve simultáneamente para pelear y resguardarse, para conjugar y concertar la caminata. Además, establece el orden, el control y la barrera hacia afuera y hacia adentro de la marcha. Es lo que permite avanzar como cuerpo colectivo marcando al mismo tiempo la diferencia entre nosotros y lo que queremos tumbar con el decidido empuje de la marcha. Encarna la unión entre algo que proviene del campo, de la naturaleza, y las gentes que lo portan. El palo vertical se torna horizontal y con él se construye el avance acompasado.

Las imágenes de la comunidad aguantando y defendiéndose con el bastón se repitieron en aquellos días por todo el país, también en las calles de Quito. Más que en un enfrentamiento individualizado, más propio de los primeros días de la protesta, en los que los estudiantes y los grupos urbanos lideraban el avance hacia el Centro Histórico de la ciudad, las escenas de los siguientes días, escenas del área rural que se replicaron en la ciudad, ilustraban otras expresiones del empuje, en las que hombres y mujeres de distintas edades se situaban al frente. En los momentos de mayor represión, la unidad que establecía el bastón se quebró y durante algunos días la batalla se hizo especialmente virulenta. Retomar el caminar común resultó fundamental para resistir y alcanzar la derogación del decreto 883.



Pueblo kayambi avanzando hacia Quito.
Fotografía de CONAIE, tomada de Morales (2020).



Rafael Rodríguez, Manifestantes en Quito.
Fotografía de R. Rodríguez, tomada de OpenDemocracy (2019)

3.4. El cuidado colectivo de los espacios

Hacia el final de las jornadas de octubre se produjo otra imagen poderosa: la de la reconstrucción colectiva del espacio destruido durante los duros enfrentamientos. Tras el acuerdo retransmitido por televisión entre líderes populares y representantes del gobierno que, como dijimos, acabó con la derogación del decreto 883, esa noche, inmediatamente después y casi al mismo tiempo del festejo, mucha gente se dio cita en los centros de acopio y acogida, y en las zonas más impactadas por los combates para recomponer los espacios y disponer los productos acopiados para las comunidades. Esto ocurrió antes y después de la partida de los camiones hacia las comunidades rurales y otras poblaciones.

Las calles donde se libraron los combates más intensos eran un amasijo de adoquines, combustible quemado, jirones de tela, palo y metal. Botellas, mascarillas y trapos yacían por todas partes en las calles enlodadas y un fuerte olor a gas se impregnaba en la ropa. Después de ser tachados de vándalos, zánganos, delincuentes, destructores del patrimonio, tantos insultos clasistas y racistas, la gente se aprestaba a recomponer los pedazos quebrados durante el estallido.



Limpieza de la entrada del Ágora de la Casa de la Cultura.
Fotografía de J. Rosas, tomada de Vega (2019)

Así como el gobierno y las autoridades municipales habían estado ausentes en la protesta, igual ocurrió en la reconstrucción. Pronto se armaron cadenas de personas para trasladar y colocar los adoquines. La mayoría eran jóvenes y trabajadores de los barrios que habían llegado con palas y materiales de construcción. Mucha gente coincidía: “¡cuánta dignidad!”. El gesto resultaba irreversible y trenzaba el hacer comunitario en la pelea, en la fiesta y en la reconstrucción. Ni vándalos, ni sumisos, decían, pueblo que lucha. Alguien gritó: “¡Viva la vida carajo!”.



Fiesta en los alrededores de El Arbolito.
Fotografía de J. Rosas, tomada de Vega (2019).

La fiesta se producía al mismo tiempo. Músicos y bandas se repartían por todo el espacio de El Arbolito y en los albergues, mientras la gente miraba admirada el escenario destruido y la acción incesante de cientos de personas que hacían cadena trasladando adoquines. Como en días anteriores, donde brigadas autoorganizadas al calor de los acontecimientos habían almacenado ropa, limpiado baños, ordenado y distribuido los espacios y articulado la seguridad, en la fiesta se replicaba la atención al espacio más allá de la lógica conservadora articulada en torno al orden y el patrimonio que más tarde agitarían los grupos reaccionarios: los indios bajan a destruir la ciudad colonial.

Podríamos seguir enumerando poderosas imágenes de octubre. Muchas retornarían de manera tozuda a la experiencia de sostenimiento y cuidado. Ciertamente, fue enorme el esfuerzo y sacrificio de jóvenes y adultos, casi siempre varones, que enfrentaron a las fuerzas del Estado, y enorme el de la Guardia Comunitaria, Indígena

y Popular. El sentido de sus acciones en un escenario tan desigual y estructural y físicamente violento provenía de la determinación de todas las personas que avanzaron como cuerpo colectivo en las calles, adelantando y retrocediendo apenas unos palmos de terreno. Frente a la mirada heroica de algunos relatos militantes o criminalizadora de los medios de comunicación de masas en aquellos días, saltan a la vista las imágenes de sostenimiento recíproco y acompasado.

4. A MANERA DE CONCLUSIÓN: APRENDIZAJES DESDE Y PARA LOS FEMINISMOS Y LA ORGANIZACIÓN DE LA LUCHA POPULAR EN FEMENINO

La mirada patriarcal y colonial ve a las mujeres y las actividades que asumen de forma mayoritaria como retaguardia. Son ellas las que limpian mientras los hombres combaten arriesgando el cuerpo. Si bien es cierto que esta imagen sigue replicándose, sobrecargando y aislando de forma injusta a muchas compañeras que resienten el carácter patriarcal de la organización social, hoy comienza a inscribirse en un nuevo horizonte al que más y más personas son llamadas y que merece ser diseminado como nueva lógica de lucha y articulación. Entre los pueblos y las mujeres en el mundo andino, esa imagen de mujeres relegadas no acaba de encajar, algo chirría, aun cuando escapemos de las idealizaciones. Las representaciones de las luchas feministas, pero también de la presencia de mujeres en distintos conflictos revelan otras composiciones, otras formas de hacer valer las actuaciones que se ponen en juego.

En los últimos tiempos, los feminismos han hecho cambiar la dinámica de la movilización; la han empujado y volteado, como lo hicieron en el pasado politizando lo personal o hablando de democracia en la calle, la casa y la cama, revelando un nuevo sentido de lo político, un aprendizaje y un aporte que aún debe desplegarse en muchos espacios con mayor rotundidad. Así, las actividades del diario vivir aparecen como epicentro que articula la demanda, el método y la praxis.

Esa sensibilidad feminista, en el mundo andino, va contribuyendo a la ardua tarea de descolonizar la mirada, permitiéndonos observar la organización indígena de la lucha *en femenino*. Lucha surgida de allí donde los ambientes domésticos han persistido como lugares de deliberación política que los hombres dedicados a los avatares de lo público han debido respetar y atender; de allí donde las mujeres como guardianas y trabajadoras de las tierras y caudales que sustentan economías de subsistencia a su cargo son reconocidas como autoridades en los campos de la alimentación y la curación, y no quieren que estos aportes se vean cercados en las estructuras de representación; de allí donde la comprensión práctica de las necesidades vitales las han colocado en posiciones estratégicas de defensa de los territorios y de protagonismo político.

Si bien para buena parte de la izquierda y sus líderes masculinos todo esto continúa siendo anecdótico, no hay más que ver los relatos, crónicas y análisis sobre la oleada de luchas recientes en América Latina para constatar que no es posible esquivar las innovaciones introducidas por los feminismos y las luchas de las mujeres indígenas y de sectores populares. Algunas se han gestado en los procesos de acompañamiento contra la violencia y a favor del derecho al aborto, otras en las intrincadas redes de la economía popular callejera; algunas cuentan con el legado de líderes indígenas del pasado renovado en el presente, otras beben del secreto aún guardado de la reproducción de los cuerpos-territorios atesorado por multitudes anónimas de mujeres indígenas; algunas se han desarrollado recientemente entre las jóvenes urbanas con una clara vocación de autoorganización y acción directa, autónoma respecto a estructuras más convencionales y centralizadas, otras provienen de las luchas ecoterritoriales o por la soberanía alimentaria sostenidas por los pueblos; otras más provienen de la construcción de ágiles instrumentos comunicativos y de expresión cultural pública.

Levantamientos como el de octubre y otros espacios y momentos de convergencia de las luchas, como plantones, marchas, acciones o encuentros donde ponemos cada vez más en el centro

las preguntas por el sostenimiento de la vida, de nuestras vidas, nuestros cuerpos colectivos y las vidas no humanas que nos hacen posibles, enriquecen y tensionan esos legados. La convergencia cuerpo a cuerpo en la diversidad, pero también en la desigualdad, poniendo en el centro las preguntas por la reproducción de quienes somos, alberga una importante potencia transformadora de las fibras más íntimas que tejen las jerarquías que también nos constituyen y nos fracturan como cuerpo colectivo.

Para que la gente luche, desde luego, hay que barrer, limpiar, curar, cocinar, proteger el descanso, abrigar, alimentar, tranquilizar, alentar, y esto, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, resulta cada vez más visible e importante. Pero la lógica opera también a la inversa o en la hibridación: las dimensiones del cuidado aparecen en intervenciones donde antes no resultaban significativas. La reproducción, el cuidado, el sostenimiento, se deja ver en diferentes procesos en los que se pone en juego el seguir estando juntas, el aguante creativo de una comunidad creada para la ocasión y quizás para más adelante.

La lucha se reconoce, cada vez más, como lucha por el sostenimiento de los cuerpos singulares y colectivos que somos. La reproducción es la lucha, es la forma que nos damos para resguardar y empujar al mismo tiempo. Las luchas anti-extractivas y contra la industria agroalimentaria, por la soberanía alimentaria y el resguardo de las fuentes de vida muestran ese rostro; las peleas contra la violencia machista y por el derecho al aborto muestran ese rostro; las que ahora se libran contra el avance del neoliberalismo en calles, vías, comunidades y casas, revelan ese mismo rostro y lo mismo sucede con las que resisten en estos momentos la crisis del COVID-19 originada por la depredación capitalista y colonial. Porque hoy, las luchas por la reproducción de la vida, que alguien captó en un hermoso video filmado durante las protestas de octubre,⁶ iluminan en su desarrollo la disputa como quehacer común del sostenimiento.

⁶ <https://www.facebook.com/cristina.vegasolis/videos/3299130360105081>

REFERENCIAS

- Aguinaga, M., Lang, M., Mokrani, D. y Santillana, A. (2011). Pensar desde el feminismo. Críticas y alternativas al desarrollo. En M. Lang y D. Mokrani (eds.), *Más allá del desarrollo. Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo*. Fundación Rosa Luxemburgo.
- Almeida, I. y Almeida, J. (Comps.) (1992). *Indios: Una reflexión sobre el levantamiento indígena de 1990*. ILDIS-Abya Yala.
- Almeida, J., Carrasco H., De la Torre, L.M., Guerrero A., León J., Mañales A., Pacari N., Ramón, G., Taxo, A., Trujillo, J., y Zamosc, L. (1993). *Sismo Étnico en Ecuador: Varias Perspectivas*. CEDIME / Ediciones Abya-Yala.
- Bhattacharya, T. (2017). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentring Oppression*. Pluto Press.
- Butler, J. (2012). Cuerpos en alianza y la política de la calle. *Transversales*, 26. <http://www.trasversales.net/t26jb.htm>
- Colectivo de Geografía Crítica (2019). *Análisis espacial de la resistencia, protesta social y represión vividas en Ecuador entre el 7 y 14 de octubre de 2019*. CENAE. https://www.cenae.org/uploads/8/2/7/0/82706952/informe_geografiacritica_paroecuador-21oct2019.pdf
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.
- Gutierrez, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Traficantes de sueños.
- Herrera, S., Molina, C. y Torres Dávila, V. H. (Coords.) (2020). *Ecuador. Debates, balances y desafíos post-progresistas*. CLACSO.
- Herrera, S. y Macaroff, A. (2020). Una golondrina no hace verano, pero su presencia lo anuncia. Herencias de la Insurrección de los zánganos. En S. Herrera, C. Molina y V. H. Torres (Coords.), *Ecuador. Debates, balances y desafíos post-progresistas* (pp. 33-76). CLACSO.
- Hidalgo, K., Santillana, A. y Valencia, B. (2020). Tejiendo caminos: del paro nacional al Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador. En V. Gago y M. Malo (Coords.), *La Internacional Feminista. Luchas en los territorios y contra el neoliberalismo* (pp. 97-110). Tinta Limón.

- Iza, L., Tapia, A. y Madrid, A. (2020). *Estallido. La rebelión de octubre en Ecuador*. Red Kapari.
- La Hora (25 de octubre de 2019). *Universidades: ¿puntos apolíticos durante el paro?*. La Hora. <https://lahora.com.ec/quito/noticia/1102281749/universidades-puntos-apoliticos-durante-el-paro>
- Mejía, M. F. (15 de octubre de 2019). *La bandera blanca del Paro Nacional*. IBE. <https://www.labarraespaciadora.com/cronica/paro-nacional-ecuador-brigadistas/>
- Morales, A. M. (9 de octubre de 2019). “*Estamos en paro en todo el Ecuador, el país se volcó a las calles.*” *Katy Machoa desde la Amazonía ecuatoriana*. Amazonas: <https://www.revistaamazonas.com/2019/10/09/estamos-en-paro-en-todo-el-ecuador-el-pais-se-volco-a-las-calles-katy-machoa-desde-la-amazonia-ecuadoriana/>
- Moreno, M., Amezcuita, A. y Mejía, A. (2020). La protesta social de 2019 y la juventud: El octubre ecuatoriano. *LASA Forum*, 5(14), 11-16.
- Noriega, J. y Criollo, G. (2020). Sólo el pueblo salva al pueblo: centros de acopio y acogida humanitaria como corazón de la resistencia. En F. Ramírez (Ed.), *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador* (127-148). CLACSO.
- Ortega, R. y Sotéz, D. (12 de octubre de 2019). “*WARMIKUNA KAYPI MIKANCHIK: Aquí estamos las mujeres*”. La Periódica. <https://laperiodica.net/warmikuna-kaypi-mikanchik-aqui-estamos-las-mujeres/>
- OpenDemocracy (10 de octubre de 2019). *Terremoto social y político en Ecuador*. <https://www.opendemocracy.net/es/democraciaabierta-es/terremoto-social-y-politico-en-ecuador/>
- Ospina, P. (en prensa). *The right turn as a process, not as an assault. The Ecuadorian case, 2007-2019* [compartido por el autor].
- Parodi, C. y Sticotti, N. (Eds.) (2020). *Ecuador. La insurrección de octubre*. CLACSO.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Quiroga, N. y Gago, V. (2014). Los comunes en femenino. Cuerpo y poder ante la expropiación de las economías para la vida. *Revista Economía y Sociedad*, 19(45), 1-18.
- Ramírez, F. (Ed.) (2020). *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador*. CLACSO.

- Svampa, M. (2019). *Las fronteras del neextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. CALAS.
- Vega, C. (15 de febrero de 2018). *Del otro lado de la huelga del 8 M: Visualizando la interrupción social desde el feminismo*. SinPermiso. <https://www.sinpermiso.info/textos/del-otro-lado-de-la-huelga-del-8-m-visualizando-la-interrupcion-social-desde-el-feminismo>
- Vega, C. (10 de octubre de 2019). *Ecuador, una lucha sin vanguardia ni retaguardia: todos de a una*. elDiario.es. https://www.eldiario.es/interferencias/quito-lucha_132_1316247.html
- Vega, C. (12 de octubre de 2019). *Ecuador en la lógica de guerra, toca quebrar el cerco, toca virar la fuerza*. elDiario.es: https://www.eldiario.es/interferencias/ecuador-logica-guerra-toca-quebrar_132_1314335.html
- Vega, C. (15 de octubre de 2019). *Ecuador, tras la derogación del decreto que originó las protestas: “¡Viva la vida carajo!”*. elDiario.es: https://www.eldiario.es/interferencias/quito-viva-vida-carajo_132_1305244.html
- Vega, C., Martínez, R. y Paredes, M. (2019). Introducción. Experiencias, ámbitos y vínculos cooperativos para el sostenimiento de la vida. En C. Vega, R. Martínez y M. Paredes (Eds.), *Cuidado, comunidad, común* (pp. 15-50). Traficantes de Sueños.
- Vega, S. (2014). Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta). En S. Ortiz y S. Álvarez (Coords.), *Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad* (pp. 156-157). FLACSO.
- Vera, M. (18 de octubre de 2019). *Pronunciamiento de la Fundación Regional de Asesoría en Derechos Humanos*. INREDH. <https://inredh.org/dialogar-de-buena-fe-y-buscar-la-debida-justicia/>